

Título original: *Palabras de auga*

© Del texto: Marcos Calveiro, 2012
© De las ilustraciones: Ramón Trigo, 2012
© De la traducción: María Jesús Fernández, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2016

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-0873-3
Depósito legal: M-3489-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Calveiro, Marcos
La senda de las hormigas/ Marcos Calveiro ;
ilustraciones de Ramón Trigo ; traducción de María Jesús
Fernández. — Madrid : Anaya, 2016
160 p. : il. c. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 182)
ISBN 978-84-698-0873-3
1. Tribus africanas. 2. Sabana. 3. Supervivencia.
I. Trigo, Ramón , il. II. Fernández, María Jesús, trad.
087.5: 821.134.4-3



SOPA DE LIBROS

Marcos Calveiro

La senda de las hormigas

Ilustraciones
de Ramón Trigo

Traducción de María Jesús Fernández

ANAYA



*A Lucas y a Zoe,
que buscan hormigueros solo por diversión.*



MOJA

El primer día que la lanza permanece clavada en la tierra, Amadou se pasa toda la jornada bajo el inclemente sol, acucillado en torno a ella junto con sus compañeros. Los mayores les han llamado la atención muchas veces para que se guarezcan a la sombra de la gran *mgunga*, la espinosa acacia bajo la que ellos descansan, pero los niños, rebeldes, no les han hecho caso.



Todos los miembros del clan llevan muchos días, junto con sus noches, de andadura. No se han detenido a reponer fuerzas. No han mirado atrás. Sobrecogidos, huyen del horror que los persigue sin descanso como una gigantesca plaga de langostas que todo lo devora a su paso. Bajo el cielo oscuro, entre las tinieblas, caminan hacia el este. Buscan un nuevo día, un nuevo amanecer que les traiga esperanza.

El viento cargado de polvo de la sabana hace oscilar los abalorios de hueso colgados en el extremo de la lanza. Para los muchachos es como un ídolo de madera al que rogar por su salvación o como el *mahoka* de un anciano al que invocar en busca de consejo. Hasta ese momento, ninguno de ellos había visto antes una lanza clavada en la tierra seca, de ahí su gran asombro. En su tribu, la mayor provocación es que un guerrero apoye la puntera de hierro de su arma en el suelo en presencia de otro. Supone una afrenta imperdonable. Y la solución siempre es una lucha singular dentro de un círculo formado por los demás guerreros.

En su clan hace ya mucho tiempo que las lanzas son casi un adorno más, como los pendientes, los turbantes o los vestidos de colores de las mujeres. Los hombres las portan como símbolo de su valor y las exhiben en las celebraciones y en los días de fiesta, pero ya no cazan con ellas. La sequía se ha extendido como una epidemia por toda la sabana. Los árboles se agostan. Los pozos y los arroyos se secan. Los animales huyen o agonizan bajo las som-

bras de los *tumbusi* que vuelan en círculos sobre ellos para devorarlos.

Amadou ha escuchado muchas veces a su *baba* Ngugi contar la historia de cómo los guerreros cazaron el último leopardo. Su piel, ya un tanto ajada, cruza ahora el pecho del valiente Mkebe, el jefe y chamán del clan.

—Hijo mío, yo debía de tener pocos años más de los que tú tienes ahora el día en que...

—¿Cuántos, *baba*?

—Pues no sé, unos tres o cuatro más.

—¿Quince, entonces?

—Por ahí, sí. Acompañé a tu abuelo en la caza del *chui*, el animal más escurridizo y listo de toda la sabana. Salimos al amanecer en su busca... —Así empezaba Ngugi su relato bajo los ojos maravillados de su hijo.

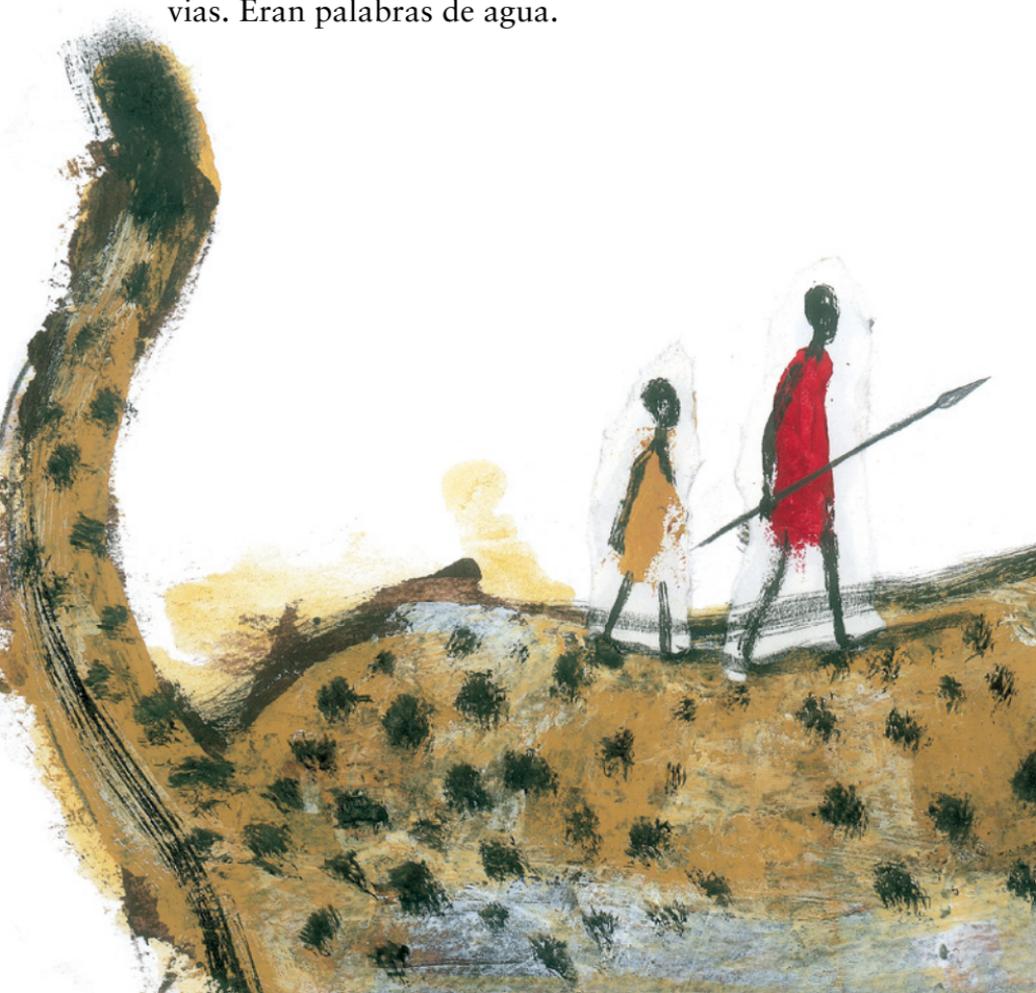
—Háblame del país Lomba —insistía Amadou, que era muy pequeño cuando lo dejaron en la que fue la primera huida del clan.

—Era la mejor tierra del mundo, la más hermosa —comenzaba a decir el padre con nostalgia—. Miraras a donde miraras, hasta donde alcanzaba la vista, se sucedían las lomas cubiertas de hierba y salpicadas por...

—... gigantescos baobabs, mangos, tamarindos y anacardos cargados de frutos... —proseguía Amadou bajo la mirada cómplice de su padre.

—Sí, sí, y había pájaros de todos los colores planeando en el cielo y, en la gran charca, elefantes, gacelas, cebras... —retomaba Ngugi el relato.

El padre era un hombre parco, de pocas palabras y de muchos silencios y miradas. Solo cuando la nostalgia se apoderaba de él, lo que sucedía de vez en cuando, soltaba la lengua y regresaba con los recuerdos a su tierra, a la tierra de todos ellos. La tierra de sus antepasados en el país Lomba, al pie de las montañas de Katanou. Y las palabras comenzaban a surgir en su boca como las gruesas gotas de las lluvias. Eran palabras de agua.



Amadou también echa de menos la tierra en la que nació, pero sus imágenes parecen cada vez más lejanas, por eso necesita de la voz de Ngugi para recordar. En los últimos tiempos no han parado de moverse huyendo de la sequía y de la violencia. Han construido y abandonado sus chozas en muchos lugares. Todavía recuerda los baños en la poza en el último poblado que habitaron, ordeñar las cabras, trepar por los árboles para coger fruta... Pero no suele hablar de todo eso, no le gusta. Piensa que, si habla, lo olvidará antes. Como si con cada palabra, un trocito de sus recuerdos se quebrara, perdiéndose para siempre. Por eso tampoco habla de su hermano Numba. Cree que si guarda las palabras muy profundamente en su interior, el recuerdo permanecerá a salvo. Amadou no se da cuenta de que con cada paso que dan por la sabana polvorienta, las palabras de aquellos momentos felices van quedando más y más lejos. Son palabras perdidas.



—¿Y el leopardo? —preguntaba Amadou al ver que su padre comenzaba a hundirse en la nostalgia.

—Sí, sí, el leopardo, a eso voy... No tardamos en encontrar sus huellas, pues en toda la tribu no había mejor rastreador que tu abuelo. Fue en la tierra húmeda, cerca de una charca donde todos los animales del contorno acudían a abreviar...

—¿Y llevabas una *mkuki*? —lo interrumpía siempre Amadou, que insistía en tener su propia lanza.

—Sí, claro, íbamos de caza, ¿cómo no la iba a llevar? —aclaraba él antes de proseguir.

—¡Pues yo quiero una! —porfiaba Amadou.

—Todo a su tiempo, hijo, sigamos... El *chui* solía acudir a la charca al atardecer para acechar a los animales. Con el aire a su favor para que no pudieran olerlo, se arrastraba sigiloso entre los matorrales. Localizaba la presa más débil, la más fácil de cazar con el menor esfuerzo posible. Tenía que reservar fuerzas para poder subirla después a un árbol y comerla allí con tranquilidad, sin miedo a que otra fiera fuera a robársela.

—¿Cuándo? —insistía Amadou en preguntar.

—¿Qué?

—¿Cuándo tendré mi *mkuki*?

—El día en que de nuevo veamos brotar el mijo... —resolvía Ngugi, harto de la insistencia de su hijo.

Amadou sabía que para eso todavía faltaba mucho, hacía ya varias estaciones que no recogían ninguna cosecha. La sequía había transformado la tierra en una corteza reseca y agrietada en la que nada



podía crecer. Profundos y gigantescos surcos la recorrían en todas direcciones. Un mosaico de yermas teselas se extendía hasta el horizonte teñido por la roja luz del ocaso.

Pero Ngugi ya no le cuenta la historia del *chui*. Ni esa ni ninguna otra. Desde la marcha de Numba no ha vuelto a ser el mismo. En especial con su hijo Amadou, como si lo culpaba de todo lo acontecido. Incluso su presencia parece molestarlo. Amadou cree que su padre lo hubiera cambiado por Numba sin pensárselo. Numba era el primogénito, su preferido, el continuador de su estirpe. Numba era el mejor.

Y también está el terrible secreto que comparten y que se alza entre ellos, infranqueable como una gran montaña.

Los niños están inquietos y amenazan con derribar la lanza allí clavada. Para calmarlos, el viejo jefe traza con su *fimbo* un círculo en la tierra alrededor de ella evitando que se le acerquen. Mkebe no necesita decir nada, solo marca el círculo con su bastón de mando. Luego los fulmina durante unos segundos con su mirada profunda y azul y los señala con su dedo amenazante, el dedo del chamán.

Se cuenta que los ojos de Mkebe cambiaron tras volver de una estancia en una gran ciudad del oeste y ver el *baharí*, que ninguno de ellos conoce. Dicen

que después de contemplar el mar estuvo un año sin hablar, impresionado por aquella infinita sabana azul. Cuando lo hizo de nuevo fue para comprar un billete en la estación de tren. Un billete con el que abandonar aquellas calles por las que no se podía andar descalzo sin quemarse en el asfalto. Un billete con el que regresar al país Lomba, donde vivían todos los suyos. Un billete para volver a sentir de nuevo bajo sus pies la arcilla roja, la hierba, las hormigas, la tierra viva y palpitante como el corazón de un animal...



